



El dilema de los preservativos

“De hecho, el verdadero amor se ve vulnerado en su esencia en el matrimonio cuando elegimos usar preservativos, incluso por “buenas razones”.



La “sabiduría” popular hoy en día insiste en que, dado que no podemos evitar que nuestros hijos mantengan relaciones sexuales prematrimoniales, y dado que esas relaciones pueden ser peligrosas y tener efectos negativos, debemos hacer todo lo posible por proteger a nuestros jóvenes dándoles preservativos. Aseguran que los preservativos ayudan a reducir embarazos y enfermedades de transmisión sexual de forma sencilla y directa. Si los padres aman a sus hijos, sin duda les proporcionarán esta “protección”. Este argumento, ampliamente aceptado en todos los estratos de nuestra sociedad, se basa en una comprensión profundamente equivocada de lo que el amor *realmente* significa. Basta con considerar un ejemplo relacionado para ver claramente esta falla. Si nuestros hijos deciden jugar a la rayuela en el asfalto de una autopista concurrida, en medio del tráfico a alta velocidad, ¿estaríamos demostrando nuestro amor dándoles cascos para protegerse, o el amor verdadero implicaría sacarlos de la carretera e insistir en que aprendan a abstenerse de jugar a la rayuela en autopistas? ¿Cuál de estas acciones manifiesta genuinamente el amor de un padre hacia sus hijos? El verdadero amor a menudo exige un camino más elevado y comprometido, en

lugar de uno fácil o permisivo. Tanto para nosotros como para nuestros hijos, los preservativos, disfrazados de una solución amorosa, nos arrastran a un grave compromiso moral, nos tientan a caer en una permisividad dañina y no cumplen con las demandas del verdadero amor.

De hecho, el verdadero amor se ve vulnerado en su esencia en el matrimonio cuando elegimos usar preservativos, incluso por “buenas razones”. Al hacer esta elección, acabamos diciéndole a nuestro cónyuge: “Te amo, excepto en cuanto a tu fertilidad y fecundidad. No abrazaré esa parte de ti. La apartaré y usaré mi sexualidad y el resto de ti de una forma que atienda a mi propia satisfacción”. Pero el acto sexual en el matrimonio es un lenguaje personal especial que siempre significa entregarse totalmente. En cambio, las parejas cierran una parte de sí mismas al otro y niegan el acceso al centro más profundo y dador de vida de quienes son cada vez que participan en un acto sexual con anticonceptivos. Así, la anticoncepción es una especie de mentira que un hombre y una mujer se dicen mutuamente a través de sus cuerpos, pretendiendo entregarse totalmente el uno al otro, pero reteniendo

El Sentido de la Bioética

El dilema de los preservativos

siempre una parte de ese don.

Algunos argumentan que el uso del preservativo por parte de una pareja casada, uno de los cuales ha contraído SIDA, debería permitirse durante las relaciones maritales. De lo contrario, el sexo sin protección podría equivaler a una sentencia de muerte para el cónyuge no infectado. La sabiduría popular aquí, de nuevo, nos asegura que los preservativos son la respuesta amorosa a una situación difícil. Pero el verdadero amor conyugal, en estas tristes circunstancias, nos llama a un camino más alto y más difícil: el camino de la abstinencia matrimonial. Un esposo que tiene SIDA nunca sometería a la esposa que ama a un acto que podría ser mortal para ella (incluso usando un preservativo, que tiene una tasa de fallos). ¿Sería un acto de amor exponerla al riesgo de un encuentro posiblemente fatal, incluso por algo tan hermoso como la intimidad conyugal en el matrimonio? La actividad sexual no es, en realidad, absolutamente esencial para nosotros como seres humanos individuales, a diferencia de comer o dormir. Tendemos a perder de vista este hecho básico en una sociedad que está saturada de sexo.

La abstinencia matrimonial perpetua representa una propuesta difícil, pero circunstancias graves como el SIDA son un llamado contundente

a este tipo particular de amor sacrificado y autocontrol sexual. Es similar a la situación de una pareja casada en la que uno de ellos es enviado a una misión militar de larga duración en el extranjero, de modo que ambos deben practicar la continencia sexual mientras están separados, incluso quizás durante años. Muchas parejas casadas viven como hermanos y hermanas por una serie de razones, y el SIDA ciertamente constituye una razón grave que justifica esta elección. Aprender a amarse de formas distintas y no genitales es, de hecho, un componente integral de todo matrimonio exitoso y duradero, y una infección por SIDA simplemente aporta una mayor urgencia e inmediatez a esta tarea.

Respetar los diseños que Dios ha dado para nuestra sexualidad y esforzarse hacia el autocontrol sexual es uno de los grandes desafíos de nuestra época, y probablemente de todas las épocas. Los argumentos a favor de la disponibilidad generalizada de preservativos son emblemáticos de una pérdida colectiva de valentía frente a las poderosas presiones libertinas dentro de nuestra cultura. Dios abre para nosotros un camino más elevado y auténtico cada vez que su gracia y misericordia nos capacitan para amar a los demás como realmente deberíamos.

Artículo: El dilema de los preservativos Date: Junio, 2006

El Padre Tadeusz Pacholczyk hizo su doctorado en Neurociencias en la Universidad de Yale y su trabajo postdoctoral en la Universidad de Harvard. Es sacerdote para la Diócesis de Fall River, Massachusetts y se desempeña como Bioeticista Senior del Centro Nacional Católico de Bioética en Philadelphia. Para mayor información, por favor visite el National Catholic Bioethics Center (www.ncbcenter.org) y FatherTad.com. Traducción: Marta Barcia.

